

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE OVIEDO. 2014.

Ramón Rodríguez Álvarez

Sr. Concejal de Cultura, Señor Presidente de la Junta de Hermandades y Cofradías de la Semana Santa Ovetense, Hermanos Mayores, Cofrades, Señoras y Señores, buenas tardes a todos

Es mi mayor deseo dar pública muestra de gratitud a las Hermandades de la Semana Santa Ovetense por haber confiado en mí para pronunciar el pregón de este año 2014, honrosa tarea en la que me han precedido personas muy ilustres de Oviedo y de toda Asturias.

La Semana Santa es la culminación litúrgica del ciclo temporal del culto cristiano en la que se conmemoran la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, el misterio central del cristianismo. La trascendencia que estos hechos tuvieron en la historia de la humanidad fue enorme. Por esa razón, la Iglesia celebra desde muy antiguo, con gran solemnidad, estas efemérides sagradas no solo en el silencio de la meditación sino también en las manifestaciones externas en recuerdo del dolor de Cristo.

La celebración de la Semana Santa se remonta a los primeros siglos de la historia del cristianismo. Tenemos una preciosa descripción de la procesión del Domingo de Ramos en el Jerusalén de finales del siglo IV. Una peregrina hispana, natural de la *Gallaecia*, recorre en aquellos lejanos tiempos Tierra Santa y nos ofrece el primer testimonio de ese domingo, que es la puerta que simbólicamente nos dirige a la Pascua. Nos habla Eteria o Egeria de una emotiva procesión que, partiendo del Monte de los Olivos, iba hasta el Santo Sepulcro, con el obispo al frente y con la

participación del pueblo jerosolimitano, siendo numerosa la presencia de niños que portaban ramas del árbol que da nombre al monte sagrado. Durante el desfile se entonaban numerosas antífonas, así como salmos y diferentes himnos. Estos cultos iniciales, de carácter muy solemne, pronto se extendieron por todo el Oriente y llegaron a Hispania en el siglo VII, en plena época visigoda, desde donde pasaron a la Galia y algunas centurias más tarde, ya en el siglo XII, a Roma. En la ciudad eterna se celebraba la Pasión de Cristo desde muy antiguo y eran muy conocidas sus “estaciones cuaresmales”, o procesiones de oración y penitencia, que pronto se extendieron a otras ciudades del orbe cristiano. En España, triunfaron desde esos tempranos tiempos medievales las celebraciones de Semana Santa sobre las cuaresmales. Y así comienzan en nuestro país estas conmemoraciones que arraigaron con especial fuerza y vitalidad, sostenidas por las correspondientes cofradías. Estas beneméritas instituciones tienen su origen en Roma y pronto el cristianismo las adoptó como propias, constatándose su existencia desde los primeros concilios de Constantinopla. El establecimiento y desarrollo de los gremios medievales dan lugar a otras tantas cofradías, que inspiran el nacimiento de las cofradías asistenciales y de las piadosas. Entre ellas merecen especial mención las **sacramentales**, que tienen como objetivo principal la propagación del culto al Santísimo o las de **Ánimas**. A finales de la Edad Media, y sobre todo a partir del siglo XVI, surgen en España las primeras hermandades de Semana Santa. El Concilio de Trento dio un impulso general a las Cofradías piadosas, que se rigen, canónicamente, por la constitución de Clemente VIII *Quicumque*, de 1601, y por la de Paulo V *Quae salubriter*, de 1610.

Todas estas celebraciones de la Semana Santa, como otras muchas manifestaciones piadosas, son el mejor retrato de la religiosidad popular. La naturaleza de estos actos trata de reflejar externamente un estado espiritual que necesita materializarse en hechos concretos. Por eso el hombre se arrodilla, coloca sus manos en actitud orante, cubre con ceniza su cabeza, ayuna, ora en voz alta.... Como dice Quintín Aldea, “la Semana Santa es a la vez recuerdo histórico y reiteración mística. No solo se rememoran los hechos dolorosos de la Pasión y Muerte del Señor, sino también se vive interiormente de una manera real el drama de nuestra incorporación mística en Cristo. El Cristo histórico y el Cristo místico es uno e indivisible. Cristo, alfa y omega de la creación, lucero de la mañana, primogénito de los muertos no es una realidad pasada de la historia, que nos permitimos recordar con amor en estos días. El vive perennemente en su Iglesia y en sus miembros. Está inagotablemente en el tiempo y sobre el tiempo. El tiempo y la eternidad se alían en Él de una manera misteriosa. Por eso la participación activa en los misterios de la Redención no se puede reducir solo a una mera representación escénica. A lo externo y espectacular se debe añadir una afectiva adhesión interior. La medida de nuestra futura participación gloriosa con Cristo nos la da nuestra actual participación dolorosa con Cristo doloroso, según las palabras de San Pablo: “*si tamen compatimur, ut et conglorificemur*” (Rom. 8, 17). En esta ideología hay que inscribir la razón de ser de estos majestuosos desfiles procesionales de Semana Santa, que son expresión castiza de la fe y de la piedad religiosa de nuestro pueblo”.

Antes de hablar de la espléndida realidad que es hoy la Semana Santa ovetense, detengámonos en sus orígenes que se pierden en los lejanos siglos altomedievales. Las tierras norteñas fueron romanizadas y

cristianizadas desde los primeros siglos del Imperio. Pero el cristianismo no alcanza todo su poder y esplendor hasta los años posteriores a la invasión islámica. En tiempos de la monarquía asturiana, nace en Oviedo un centro de peregrinación conocido en toda la Península y en muchas tierras europeas, en torno a las reliquias custodiadas en nuestra Catedral, llegadas de Jerusalén después de numerosas peripecias, y que habían sido escondidas según cuenta la tradición en un monte cercano a la capital, al llamado por ese motivo Monsacro, en el actual concejo de Morcín, para preservarlas del peligro sarraceno. Para guardar tan imponente legado, el rey asturiano Alfonso II el Casto ordena construir la capilla de San Miguel, que con la reedificación románica posterior sigue albergando en nuestros días las santas reliquias. Tan singular y venerada era la llamada Arca Santa, donde se hallaban aquellos tesoros, que el propio rey Alfonso VI vino a Oviedo en el año 1075 para abrirla ante la mirada extasiada de prelados y nobles. Eran tan importantes los objetos santos allí depositados que nuestro primer templo se hizo acreedor del nombre que la historia le tenía reservado: la *Sancta Ovetensis*. Una de los objetos más reverenciados de la Cristiandad, el Santo Sudario, era y es el eje de ese precioso relicario. No es de extrañar, pues, que en aquellos tiempos lejanos, las celebraciones de la Semana Santa tuviesen como marco de excepción la entonces incipiente Catedral. El día más señalado era el Viernes Santo y en torno a tan adorada reliquia se centraba toda la solemnidad. Todavía hoy el Viernes Santo es una de las tres jornadas del año en que se bendice a los fieles congregados en la Catedral de San Salvador con la tela sagrada. También en ese día se adoraba, con especial unción, la porción del leño de la Cruz, el *Lignum Crucis*, conservado asimismo en la Cámara Santa.

Los desfiles procesionales como hoy los conocemos son bastante tardíos, tanto en Oviedo como en el resto de España. Durante la Edad Media, se representaban muchos dramas litúrgicos, al modo de los autos sacramentales que conocemos por la literatura. Y en nuestra ciudad había representaciones sacras del drama de la Pasión. Sabemos de la existencia de una mujer en el Oviedo de principios del siglo XVI a la que llamaban la “Christa”, porque su esposo representaba en estos dramas litúrgicos la figura del Crucificado. Ambos, padres de un deán de la Catedral, eran personas de cierta importancia en la vida local. A partir del siglo XVI, estas representaciones comienzan a decaer, y toman el relevo las procesiones con imágenes que iban alcanzando durante el barroco un predominio absoluto. De esa centuria son las primeras cofradías de las que tenemos constancia en nuestra ciudad, como la de la Misericordia y la Orden Tercera de Penitencia, con sede en el antiguo y desaparecido convento de San Francisco, la del Santo Nombre de Jesús, que solicitaba al Ayuntamiento, en 1657, ayuda económica para disponer de pasos que permitiesen la celebración de la procesión del Viernes Santo o la del Santo Cristo del Consuelo, llamada anteriormente de las Benditas Ánimas, que tenía su sede en la Iglesia de Santullano y nace un siglo más tarde, en el XVII. La más famosa de Oviedo era, según Fermín Canella, la Cofradía de San Pedro y sus imágenes salían en procesión el martes santo. Entre ellas destacaba el paso de la prisión de Jesús, con varias figuras de gran tamaño y ropas muy vistosas, colocado sobre grandes andas, llamado popularmente “La Panera”.

Con el auge del Barroco, las procesiones ovetenses alcanzan su mayor brillantez y de la gran participación de los fieles en ellas nos dan idea las disposiciones dictada por el obispo Agustín González Pisador para

acabar con elementos folklóricos y supersticiosos que desvirtuaban el carácter sagrado de las mismas. Las procesiones, con no pocos altibajos, se mantienen a lo largo del siglo XIX y del primer tercio del XX. La Guerra Civil supuso, como en tantos otros órdenes de la vida, un corte brutal en las celebraciones de la Semana Santa. Después de la misma, poco a poco, pero con fuerza, se ponen en pie las viejas cofradías y se crean otras nuevas. En 1941, se lleva a cabo la procesión del Santo Entierro, la única de la ciudad, en la que desfilaban los pasos de todas las parroquias, y desde 1945 las distintas cofradías organizan sus procesiones particulares. La Semana Santa vive desde mediados de los años cuarenta hasta la mitad de la década de los sesenta, momento en que prácticamente desaparecen las manifestaciones externas de la misma, una época de gran apogeo.

Hagamos, a modo de ejemplo, una enumeración de las procesiones que había en 1961. Empezaban el domingo de Ramos con la Procesión de Nuestro Padre Jesús en la Borriquilla, de la parroquia de San Pedro de los Arcos a la que seguía el lunes santo el Encuentro de la Santísima Virgen con Nuestro Señor Camino del Calvario, organizada por los padres carmelitas y en la que participaban exclusivamente mujeres. También los carmelitas patrocinaban la procesión del Cristo de la Misericordia el martes. El miércoles era la jornada dedicada a Nuestro Padre Jesús de Nazareno, con sede en la iglesia de los padres dominicos. El día de jueves santo era una auténtica explosión de procesiones, nada menos que tres: a las ocho de la tarde salía la correspondiente a la Cofradía del Silencio; a las ocho y media se celebraba la procesión del Salvador, organizada por la Hermandad de Defensores de Oviedo y, finalmente, a las nueve tenía lugar la de Jesús Cautivo, de la Cofradía de la Celeste, Real y Militar Orden de la Merced. La procesión del Santo Entierro, con asistencia de todas las

cofradías, desfilaba el viernes santo, con el paso de la Dolorosa de San Isidoro el Real y el sábado culminaba la semana con la salida de San Isidoro el Real del paso de la Soledad.

Y después de estos años en los que la piedad popular hizo demostración palpable de su devoción por los cultos de la Semana Santa se produjo una abrupta ruptura, cuyas causas no procede explicar aquí y ahora, y desaparecieron todos los desfiles procesionales. La Semana Santa de Oviedo se recogió en los templos y la vida espiritual encontró satisfacción en los numerosos cultos celebradas en la Catedral, en las parroquias, en los conventos y monasterios. La Catedral, como antaño, concentraba la mayor y más intensa actividad, como correspondía al primer templo de la ciudad y de la diócesis. Todas las iglesias se aprestaban a trasladar al Monumento las sagradas formas, una costumbre piadosa con antecedentes medievales, época en la que en nuestra Catedral se custodiaba la Eucaristía en una arqueta de plata donada por el obispo Arias Cromaz, que también fue abad del monasterio de San Juan Bautista de Corias, y que hoy se conserva en el Museo Histórico Diocesano. Los Monumentos adquieren todo su esplendor a partir del Concilio de Trento, que tiene como una de sus señas de identidad la exaltación del Santísimo Sacramento. Estaban formados por estructuras de bastidores de madera, que se montaban para el culto una vez al año, y en ellos se guardaba la Eucaristía en conmemoración de las horas que el Cuerpo de Cristo pasó en el sepulcro. Nuestra Catedral tenía uno, de principios del siglo XVII, obra del escultor zamorano Juan Ducete, autor del retablo mayor de la colegiata de Salas y del hoy desaparecido de la capilla de la Universidad. Se mantuvo en pie más de un siglo, hasta que, debido a su deterioro, se encargó otro,

adornado de lienzos pintados en perspectiva, de Francisco Delgado, que se mantuvo en pie hasta principios del siglo XX.

Tengo un vago recuerdo de la Semana Santa Ovetense de los años sesenta del pasado siglo, aunque son más vivas las estampas que conservo de esas jornadas en Llanera. Era esa semana tiempo de vacación escolar y yo pasaba los días en Tuernes el Pequeño, en la parroquia de San Cucao de Llanera. La Semana Santa era, para un estudiante como yo, tiempo de solaz y descanso, el momento en que los amigos del pueblo nos juntábamos a jugar –recuerdo largas partidas de parchís–, a charlar o a pasear, pero también era tiempo de ir a los cultos a la iglesia parroquial, a los que asistíamos niños, jóvenes y mayores. El Domingo de Ramos tenía especial encanto. Casi puedo decir que había una auténtica competición para ver quién llevaba el ramo de laurel más grande. Niños y mayores había que portaban ramas tan grandes que parecían árboles y no muy pequeños, por cierto. Seguíamos con oído atento la larga lectura de la Pasión y la celebración de la misa. La salida del templo era un momento especial de confraternización en el que los niños lucían sus mejores galas, mientras todos, mayores y pequeños, charlaban de mil cosas. El Jueves Santo era un día especialmente emotivo para niños, adolescentes y jóvenes. A la celebración de la Eucaristía seguía el ejercicio de tinieblas, que recordaba el terremoto que se produjo a la hora de la muerte de Jesús, en el que el ruido atronador de las carracas llenaba la iglesia. Como con los ramos de laurel, también había una especie de competición, en este caso para poder demostrar que se era dueño de la carraca más ruidosa. Yo tenía una, que aún conservo, hecha por el carpintero José Paredes, que alborotaba lo suyo, aunque era superada por otras. En viernes santo, sobrecogía la desnudez del altar, resaltada por las imágenes tapadas por un paño morado, y se

notaba la ausencia del Cuerpo de Cristo en el Sagrario, recogido en el Monumento, a donde acudía el celebrante para poder dar la comunión. La ausencia de la celebración de la Eucaristía acentuaba la desolación presente en el templo, en el que sonaban imponentes las palabras en latín del celebrante, cuando requería a los fieles para acercarse a besar a Cristo Crucificado. Después de mostrar el crucifijo, cubierto, como el resto de las imágenes, con un paño morado, y de pronunciar hasta tres veces las expresiones “*Ecce Lignum Crucis, Venite adoremus*”, conforme iba levantando el paño hasta dejar al descubierto al Crucificado, los asistentes a los cultos besábamos con unción la imagen de Cristo en la cruz, que el sacerdote tenía en sus manos. Y no menos emotiva era la misa de Gloria que se celebraba en la medianoche del sábado santo. El rito de la bendición del fuego y del agua evocaba tradiciones ancestrales. La misa era alegre como correspondía a la exaltación de la Resurrección, el misterio central del cristianismo, y la celebración nocturna, a qué negarlo, era un motivo de regocijo para los más jóvenes.

En estas líneas de remembranza de tiempos pasados, no podía faltar mi recuerdo de la Semana Santa de Oviedo entre finales de los años ochenta y mediados de los noventa, centrado básicamente en los cultos de la Catedral. Particularmente evocador era el Monumento, que aunque no contaba con una estructura propia, aprovechaba, y así sigue siendo, el baldaquino de la capilla de Santa Eulalia de Mérida. Antonio González Infanzón, que durante tantos años dedicó sus afanes a la *Sancta Ovetensis*, creaba una auténtica obra de arte en la citada capilla, un verdadero monumento floral, hecho con mimo exquisito y un singular sentido artístico que admiraba a propios y extraños.

Después de treinta años sin manifestaciones externas por las calles de Oviedo, un grupo de personas entusiastas, con el apoyo incondicional del alcalde de Oviedo, Gabino de Lorenzo, tomaron la sabia decisión de retomar la tradición centenaria de las procesiones de la Semana Santa, restauraron las cofradías, crearon otras nuevas y volvieron a situar a Oviedo en el mapa procesional español con todos los honores, algo que correspondía a una ciudad de tan dilatada historia, capital de un reino que restauró el cristianismo en España y sede de la Cámara Santa, el gran relicario español, donde se conservan importantes objetos relacionados con la Pasión de Cristo. El 12 de abril de 1995 salía a la calle, desde la iglesia de Santo Domingo, Nuestro Padre Jesús el Nazareno, siguiendo el itinerario tradicional. En los años 1996 y 1997 los ovetenses pudieron ver otra vez dos procesiones de dilatada historia y de gran arraigo popular, la del Santo Entierro y la de Jesús Cautivo. Y en años sucesivos se restauraron otras e, incluso, se creó una, promovida por los estudiantes, hasta llegar a unas celebraciones de la Semana Santa que son el orgullo de todos los ovetenses.

El recuerdo de Jesús entrando en Jerusalén, aclamado por una multitud que poco después iba a pedir su muerte, se hace presente a los ovetenses el domingo de Ramos al ver el querido paso de la Borriquilla, de la iglesia parroquial de San Pedro de los Arcos.

Los tres pasos de la Cofradía del Silencio, la Santa Cruz, el Santo Cristo Flagelado y la Santísima Virgen de la Amargura, custodiados en la iglesia parroquial de Santa María la Real de la Corte, simbolizan, como queda patente el martes santo, el sufrimiento de Jesús y el inmenso dolor de su Madre, en los momentos anteriores a la crucifixión en el Gólgota.

El Miércoles Santo, la imponente imagen de Nuestro Padre Jesús el Nazareno, con su espalda encorvada por el peso de la cruz y con su rostro transido por el agotamiento y el profundo dolor de la flagelación sufrida, sube la calle Marqués de Gastañaga, y, después de hacer el recorrido habitual, llega a la plaza de la Catedral para presidir el tradicional y antiguo vía crucis que tanta devoción despierta en los fieles ovetenses. La imagen, atribuida al escultor Antonio de Borja, es del siglo XVIII, y se supone que fue realizada a partir de una imagen precedente de la centuria anterior.

La Hermandad de Jesús Cautivo deja sentir su presencia en el Jueves Santo de Oviedo. Su magno desfile, desde la iglesia de San Juan el Real, baluarte histórico de la Semana Santa ovetense, después de atravesar la calle Uría para llegar al antiguo palacio de la Audiencia, hoy sede del Tribunal Superior de Justicia de Asturias donde se procede a la liberación de un preso, está presidido por el paso de Jesús Cautivo, una imagen hecha a mediados del siglo XX por encargo de la Celeste, Real y Militar Orden de la Merced, que es una copia exacta de la realizada en el XVIII por Antonio de Borja.

Una emoción contenida y una profunda espiritualidad, se respiran en el Viernes Santo ovetense, cuando atraviesa sus calles Nuestra Señora de los Dolores y el Santo Cristo Yacente, imágenes veneradas en la parroquia de San Isidoro el Real, donde tiene su sede la Cofradía del Santo Entierro y Nuestra Señora de los Dolores. Las dos tallas son obra del gran escultor Luis Fernández de la Vega. La de la Virgen, de tamaño natural y en actitud orante, fue realizada en fecha anterior a 1675. En su rostro se refleja con gran maestría el dolor contenido, propio de una Madre que ha vivido la atroz pasión y muerte de su Hijo y que, pesar de todo, mantiene una actitud reposada y de manifiesta serenidad. Con otros ropajes, la imagen

procesiona el Sábado Santo como la Virgen de la Soledad, en medio de un gran recogimiento, en el que queda patente la intensa y sentida devoción de los ovetenses. El Cristo Yacente es una talla de bulto redondo y en madera, caracterizada por su realismo intenso en el que destacan un rostro de aspecto lívido, la representación de tendones y vasos sanguíneos y la expresión de dolor, lograda con los hematomas en todo el cuerpo. Nos encontramos ante una de las obras maestras de Fernández de la Vega, lo que explica, en parte, la veneración de los ovetenses por el Santo Cristo.

Una auténtica novedad en nuestra ciudad es la Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Misericordia, Nuestro Padre Jesús de la Sentencia, María Santísima de la Esperanza y San Francisco Javier, los Estudiantes, de estilo sevillano, que tiene su sede en la iglesia de San Francisco Javier de la Tenderina. Fundada en 2007, sus procesiones del Santísimo Cristo de la Misericordia el domingo de Ramos, del Prendimiento, el lunes, y la “Madrugá” en la noche del jueves al viernes que parte de la capilla de la Universidad para ir a la parroquia citada de San Francisco Javier, causan admiración y respeto entre los ovetenses.

Las solemnidades de la Semana Santa culminan con la procesión de Jesús Resucitado, en la que están presentes todas las hermandades y cofradías de la ciudad.

La Semana Santa de Oviedo, de larga tradición, aunque con evidentes altibajos, como ya hemos señalado, es modesta y recoleta, pero su belleza melancólica y su honda espiritualidad nada tienen que envidiar a las grandes. La nuestra está más próxima a las celebraciones castellanas que a las andaluzas o levantinas, tanto por proximidad geográfica como por una mayor afinidad cultural. Por eso los grandes escultores barrocos asturianos como Fernández de la Vega, Borja o Meana adquieren su

formación artística en Castilla, y por eso la estética de nuestras procesiones se asemeja bastante a la castellana, aunque con particularidades típicas de nuestra cultura tradicional: en tiempos antiguos las imágenes iban sobre andas, y los instrumentos musicales que acompañaba a las procesiones eran la gaita y el tambor. Nada mejor para comprender la belleza y la espiritualidad de nuestra Semana Santa que las palabras recogidas en el programa de cultos correspondiente al año 1952 y firmadas por el señor Sousa, y que, recordando su infancia, dicen así: “En Sevilla serían pasos de magnificencia, muestrarios de colores en las túnicas de las Cofradías, plegarias sollozadas en saetas, millones de luces que tiemblan y lloran, dejando en las calles lágrimas vivas de cera. Valladolid podría sacar a la calle todo un museo de auténticas tallas policromadas, gestos de dolor y de piedad. Pero solo en Oviedo, mi ciudad, la Semana Santa era verdadera. Jamás comprendí la Semana de Pasión con alardes de sol. Todo en el ambiente ha de ser de infinita tristeza, de honda melancolía, y en ningún lugar, como en Oviedo, la escenografía era tan cuidada, tan real. Vísperas de abril, siempre llovía, el sol se cubría con gasas color ceniza. De vez en cuando solía orbayar....Salía a veces un rayo de sol, se asomaba tras las cristaleras policromadas de la Catedral, mensajero de esperanzas a los fieles, y afán de admirar aquel fantástico monumento, con tantas luces que parecía otro astro. Pero ni el agua ni el orbayu servían de pretexto. Se visitaban los Monumentos, se iba a los Oficios, a las Tinieblas. El Oviedo de pétreos edificios, de calles recoletas, de rúas minúsculas, parecía empequeñecerse, achicarse, como si toda la ciudad, por sentir la íntima congoja de aquella hora, perdiera el pulso”.

COLOFON

Antes de finalizar, quisiera anticipar los *pasos* de esta Semana Santa de 2014 con unas últimas palabras, porque a esto me han convocado tan amablemente las meritorias cofradías de nuestra ciudad. Permítanme que lo haga en forma litánica.

Sé muy bien, y así he tratado de mostrárselo a ustedes en este recorrido histórico y sentimental de nuestra Semana Santa ovetense, que los pasos son camino de fe, que las cofradías son sociedades que se aúnan en torno a la acción: la de la piedad popular y la formación espiritual -que también es acción, y a menudo compleja-; la del arte vivo, con procesiones en su peculiar liturgia, que nos arrastra a la trascendencia de los misterios centrales de nuestra fe cristiana; la de la caridad para con todo prójimo, porque por todo hombre murió el Cristo del Gólgota. Sí, oración intensa, arte que nos hace procesionar la experiencia de fe, y compromiso hacia aquellos a quienes la sociedad “descarta” (por utilizar una expresión de denuncia con la que el actual Papa Francisco busca sacarnos a todos, creyentes y no creyentes, de nuestras toleradas y cómodas injusticias), han sido y son hoy, de forma especial, las tres veredas de la vida de las Cofradías.

Pero al “paso”, al procesionar con las imágenes, y a las diferentes formas de caridad, jamás habrán de faltarles la palabra, en la que expresamos aquello que rechazamos o que necesitamos superar, así como aquello por lo que suspiramos y anhelamos alcanzar, en nuestra Iglesia y en nuestra entera sociedad. Palabra donde soñamos los caminos de la verdadera humanidad, los caminos de la belleza de la fe. Palabra orante, palabra de súplica, palabra de esperanza, porque ya el Nazareno ha hecho suyos, redimiéndolos, nuestros míseros y limitados pasos por la vida.

Estas son las renunciaciones y sus implícitas y bautismales profesiones de fe en las que quiero poner el acento y con las que me gustaría invitarles a vivir la Semana Santa ovetense de este 2014. Me conformaría con que, al menos, puedan compartir algunas de ellas, algunos de estos *pasos* que surcan hoy el *vía crucis* de la existencia de cada hombre, de cada uno de nosotros:

- De la manía por no reconocer nuestros errores, y peor aún, de persistir en ellos; de nuestra facilidad para transferir a los otros lo que no son sino nuestras responsabilidades o nuestras culpas; del intento de eliminar la culpa disolviéndola en mera ignorancia o en inocua equivocación; del intento de volvernos en personas que ante nadie deben ser responsables; de toda desconfianza hacia el hombre, de toda frivolidad ante el mal, *líbranos, Señor.*
- De no escuchar a los otros; de valorarlos por lo que tienen, de utilizarlos para huir de nuestras soledades, de reducirlos a instrumentos para nuestros pobres e interesados objetivos; de no alegrarnos de los éxitos del otro porque nos recuerdan, con amargura, nuestros fracasos; de mirar e ir sólo hacia quien es importante, o prestigioso, o rico, o inteligente, o divertido, *líbranos, Señor.*
- De todo señuelo por enfrentarnos en artificiales banderías opuestas, de rechazarnos mutuamente desde falsos estereotipos ideológicos, de todo intento por simplificar o minusvalorar los argumentos del otro; de la manía por crear problemas en lugar de solucionarlos, de las desfiguraciones de la historia y de la cultura, de toda actitud

autodestructiva hacia todo lo que hemos construido y seguimos construyendo en común; de la intolerancia de católicos encerrados defensivamente en sus grupos, o de laicistas que pretenden convertir sus ideas y dogmas en hegemónicos y excluyentes, de todo aquello que mata o niega el diálogo, el pluralismo y el encuentro entre las personas y las ideas, *líbranos, Señor*.

- De una sociedad que, directa o solapadamente, premie al más fuerte; de una sociedad que olvide, o niegue, o descarte, como nos recuerda el Papa Francisco, a los más pequeños y a los más ancianos; de una economía incapaz de crear posibilidades para los más jóvenes; de la falta de ayuda hacia los padres de familia en necesidad, *líbranos, Señor*.
- De una cultura que idolatra la técnica, pero que da por superada la cultura del libro; de la cultura tentada de ya no creer en el ser humano, en su misterio insobornable, en su trascendencia inútilmente silenciada; de una cultura deshumanizada, absorta en inventos, pero sin valentía para afrontar el misterio del tú, del yo, el misterio de Dios, *líbranos, Señor*.

Desde estos *pasos* expresados en oración litánica quiero terminar mirando confiadamente a Cristo, redentor del hombre y de la historia a quien cantan con sus ritos, tradiciones, silencios y pasos las cofradías. A este Cristo, en quien creyeron nuestros mayores, y a quien desconocen o quieren volver mudo tantos en la actualidad. A este Cristo que siempre, en toda hora y en todo tiempo, nos desafía con su salvación. El mismo Cristo en quien, desde

todas sus angustiosas búsquedas, creyó y a quien se confió nuestro gran escritor y pensador Miguel de Unamuno. A este Cristo invito que nos confiemos en los umbrales de esta Semana Santa. Déjenme que para ello tome prestados de su *Cristo de Velázquez* los versos de la oración con los que termina su monumental poema:

*Mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,
Mi mirada anegada en Ti, Señor!*

He dicho